

Kruschev: imperialismo, sí; mística, no

CADA vez se hace más claro que Rusia, y especialmente su jefe Kruschev, no piensan ya en las dimensiones mundiales de una mística comunista, sino pura y exclusivamente en lo que favorece la grandeza de su propio país.

La lista de los errores tácticos que comprometen el prestigio del comunismo ruso en el mundo, se va haciendo larga, pero al mismo tiempo constituyen una consolidación para el orgullo político de una nación que después de la segunda guerra mundial se ha dedicado a esquilmar a los países vencidos para mejorar su propia situación. Por eso, el comunista común, el entusiasta joven, tiende instintivamente a despreciar al comunismo ruso y coloca sus preferencias en el mundo chino, más desconocido, más lleno de posibilidades, más utópico. Los mitos vuelven, una y otra vez, y se entra en la política a través de ellos.

En este último Congreso las fallas de Khrushchev han sido varias e importantes. En primer lugar tenía que conseguir se aceptara el nuevo programa. No era difícil la aceptación, pero el mismo programa contiene la repetición de promesas que ya se van convirtiendo en ideales jamás alcanzados. El paso del socialismo al comunismo parece que es un paso muy largo.

Más serio es lo que debe reconocer. El stalinismo no ha muerto, muy por el contrario existen todavía grupos internos que tratan de mantenerlo. Es necesario terminar con los culpables. Entre estos se agrega la figura venerable de 80 años, Voroshilov, y se repiten las de Bulganin, gran compañero de Kruschev en 1958, Molotov, Malenkov, y otros. Pero el peligro stalinista no se da solamente en el interior de Rusia, sino también en otros países, especialmente en Albania. El imperialismo ruso no puede estar sa-

tisfecho con la conducta de ese pequeño país y entonces se le amenaza. Lo más curioso es la reacción de Albania que sin dejarse intimidar denuncia a Kruschev como un anti-marxista. Las contradicciones internas del partido, deseadas por Mao-tse-tung como una aplicación más de los principios marxistas, están a la vista. Chu-en-lai demostró sin embargo, un cierto interés en que las divisiones entre hermanos no se trataran en público. Es curioso ver entonces este juego de influencias entre los hermanos mayores comunistas acerca de uno de los países comunistas más pequeños. ¿Cómo se entiende esta preocupación de Kruschev por un problema que debe tener muy poco influjo en la marcha de su país? La primera impresión es que se trata de una cuestión de prestigio. "No podemos hacer concesiones en un punto tan importante ni a los líderes albaneses, ni a ningún otro". La alusión a China aparece clara y fue recogida por Chu-en-lai al defender a la pequeña Albania. Kruschev desea que la figura de Stalin desaparezca y ha dado un paso más al retirar su cadáver de la Plaza Roja y, por último, se cambia el nombre a la ciudad heroica de Stalingrado. Mientras tanto el culto de la personalidad se mantiene con respecto a Lenin, y a Kruschev también le gusta ser ensalzado.

Para completar el cuadro del XXIIº Congreso, los científicos rusos hicieron estallar la bomba más poderosa de toda la historia de la humanidad. Aquí Kruschev enfrentó la oposición más grande que se despertó en el mundo ante el anuncio de este estallido. Pero se ve que el líder ruso consideró más importante el efecto intimidatorio de la bomba que sus efectos políticos. Nuevamente los pacifistas, utilizados tan sabiamente por el Kremlin, han tenido necesidad de largas explicaciones por parte de los comunistas para ser convencidos de la obligación

que tenía Rusia de realizar este experimento. Pero ninguna explicación puede convencer a quien realmente cree que el mundo debe detenerse en esta carrera por llenar a la atmósfera de polvo radioactivo. Además, la figura del comunismo amante de la paz pierde contorno, y aparece más clara la de un imperialismo cuya única mira es dominar e imponerse. En esta línea están los gritos contra Albania y la bomba de 50 megatones. Si unimos ambos hechos nos dan una idea de la debilidad que siente Krushev personalmente en su puesto de gobierno.

Cuando se ve en Albania una amenaza es sólo porque una fisura actualmente en el bloque comunista occidental favorece grandemente a China; cuando se emplea una bomba de 50 megatones sin necesidad es porque se comprende que se han agotado las posibilidades para imponerse en el concierto mundial.

Todo hombre político alcanza una cumbre en su vida desde la cual no puede hacer otra cosa que descender. Krushev se encuentra ya en esa cumbre; el XXII^o Congreso aparece como el principio de su descenso.

Huelga, C. G. T. y Gobierno

NUEVAMENTE el país se ha visto sacudido por problemas laborales. A la huelga por tiempo indeterminado declarada por las asociaciones sindicales ferroviarias, se unió el paro general de tres días decretado por la CGT.

Será bueno, para comprender mejor el problema, distinguir el aspecto directamente gremial y el aspecto más amplio de las relaciones con el Gobierno.

Ante todo, hay que tener en cuenta que en la CGT, en estos momentos, existe una situación preelectoral que ocupa el primer lugar en las preocupaciones de los distintos dirigentes, con aspiraciones de predominio dentro de la Central Obrera. La huelga también entra dentro de esos cálculos. Esta huelga general fue decretada en momentos en que varios de los principales dirigentes no se encontraban en Buenos Aires. ¿Se hubiera declarado, y por 72 horas, si esos dirigentes hubieran estado aquí? Es difícil suponerlo. Ya el último paro general había convencido a muchos de que era imposible seguir jugando con esta difícil arma. Además, su fracaso sólo podía ser-

vir a la oposición gremial y ésta se halla constituida en estos momentos por el MUOS. Por eso, en ningún caso le interesaba a los principales dirigentes decretar una huelga cuyas consecuencias no les eran favorables. Si triunfaba, era el triunfo de la línea dura o comunista, siempre interesada en darle carácter político o revolucionario; si fracasaba, podía ser un arma importante en la campaña electoral gremial para señalar la mala conducción que tiene la CGT.

En estos momentos, puede asegurarse el fracaso de la huelga general. A un primer día en que cierto temor y timidez mactuvo a muchos obreros lejos de sus lugares de trabajo, se siguió un segundo día en que comenzaron en distintos puntos la desobediencia a las órdenes emanadas de la Central y una presencia mucho más numerosa de obreros y empleados. El tercero pudo considerarse prácticamente normal, a pesar de que la presión policial no fue ostensible. ¿Qué salida tendrán los dirigentes sindicales? Para los de la línea blanda, no hay otro camino que señalar o bien su ausencia del

país, o la ratificación de una política de diálogo y presión suave sobre el sector empresario y el Gobierno, para obtener lo que se desea. Los comunistas, por su parte, tratarán de capitalizar este fracaso con el consabido slogan de que solamente se puede esperar del comunismo la solución de todos los problemas. Pero el fracaso de la huelga es también un fracaso comunista, ya que fueron ellos juntamente con los trozkistas infiltrados en el peronismo, los que consiguieron decretarla. Esto es un buen índice respecto del movimiento obrero, en cuanto que no se deja arrastrar por el espíritu de aventura, pero es necesario que en estos momentos se dé un paso muy firme para convencer al país de que los trabajadores están decididos a colaborar con todos, para el mejor y más rápido desarrollo de nuestro sistema económico-social. En vez de replegarse a posiciones de resentimiento, es necesario que los obreros, y en primer lugar sus dirigentes, adopten una posición mucho más constructiva y no meramente política para defender sus propias posiciones en la lucha por el predominio dentro de la Central.

¿Cuál ha sido la actitud del Gobierno? El Poder Ejecutivo se halla empeñado en lo que ha denominado "la batalla del transporte". No hay duda de que todo el país está interesado en que se resuelva, cuanto antes y lo mejor posible, todo lo que se relaciona con la facilidad de intercambio de los productos, dentro de nuestro territorio. Pero nuevamente nos encontramos con el hecho de que estando de acuerdo acerca de los fines o del objetivo, tenemos que señalar que los medios empleados no son los que propenden a mantener la paz social. Los anuncios contradictorios acerca de la política que se pensaba llevar con los ferrocarriles; las privatizaciones que, a veces, aparecen como entregando a cualquier capital partes importantes de las empresas y otras teniendo como mira la transformación de los obreros en propietarios. Anuncios sorpresivos como el de la cesantía de 75.000 trabajadores, que luego resultan no ser tantos. Pocas me-

didias de verdadera racionalización del sistema ferroviario, mientras las que se refieren al personal subalterno anunciadas con una publicidad que parecía destinada a provocar el sentimiento de culpabilidad en los afectados. Todo esto, desgraciadamente, parece configurar un sistema de gobierno que no puede ser aceptado. El Poder Ejecutivo no puede concebir su misión como un enfrentamiento con distintos sectores de la población, aunque lo haga para el bien general del país. El mismo término empleado de "batalla de los transportes" da la sensación, sobre todo teniendo en cuenta la publicidad que lo acompaña, que no se trata de la construcción de mejores condiciones para el desarrollo del país, sino de la eliminación de grupos que atentan contra el bienestar general, y esto no se puede pensar de ningún sector de la población argentina si no se lo prueba fidedignamente y con verdadero procedimiento judicial.

El Señor Presidente ha jugado una de sus cartas más difíciles y debe reconocerse que ha medido bien el momento para lograr un triunfo, por lo menos en algunos aspectos, que conviene señalar.

El primero es el aspecto personal. Hasta estos momentos, nunca el titular del Poder Ejecutivo se había enfrentado directamente con el problema laboral. Había dejado obrar a los directamente responsables y prefirió siempre mantenerse en un segundo plano que era, el mismo tiempo, una última instancia. Pero en esa situación, si el problema se resolvía con éxito para la posición gubernamental, no podía capitalizarlo a su favor el doctor Frondizi. Esta vez, en cambio, salió al paso a todas las medidas de fuerza asumiendo personalmente la dirección de la política ferroviaria y denunciando la actividad de fuerzas antiargentinas en el proceso huelguístico. Su discurso del domingo 5, transmitido por radio y televisión a todo el país, fue pronunciado con gran serenidad y firmeza y puede considerarse como uno de los factores que influyó en el ánimo de los trabajadores y de grandes sectores de la población para presentarse a trabajar el martes 7. El Presidente ha tenido el ol-

fato político de presentarse personalmente en momentos en que no se sabía si la huelga triunfaba o fracasaba. La huelga fracasó y el doctor Frondizi recogió el éxito.

Pero, y este es el segundo aspecto, ¿podemos estar satisfechos de las consecuencias de este fracaso?

Todo país necesita una armonía entre sus distintos sectores, a fin de que los grandes fines comunes puedan realizarse con la mayor perfección. No es socialmente sano un país que cuenta con una clase alta y una buena clase media, si al mismo tiempo no está integrado por una clase trabajadora que se siente solidaria con los destinos de su propia nación. Y no basta que existan las distintas clases, es necesario que las mismas ocupen su lugar y presten su concurso de la mejor manera posible. La clase obrera ha luchado desde hace un siglo y medio para ocupar su verdadero lugar en el concierto de los sectores de una población en cada país. Lo ha logrado en muchos de los pueblos, pero no en el nuestro. El momento peronista tuvo esa importancia, y en esa línea no debe darse un paso atrás. Tanto al Gobierno como a todo el país le interesa la existencia de un movimiento obrero, organizado y responsable. Llevar una política que atome al movimiento obrero y, al mismo tiempo, lo anarquice, no puede ser programa de un buen gobierno. Se nos contestará que los primeros responsables de esta situación son los mismos dirigentes

sindicales. Esto es lo que se puede discutir. Y esta huelga debe hacer reflexionar, en primer lugar a nuestros dirigentes políticos, en cualquier campo en que se hallen. Los de la oposición para que no sigan empleando al movimiento obrero para fines exclusivamente políticos; los del Gobierno, para que lleven una política que realmente asegure cada vez más la seriedad de la participación obrera. Es decir, que desde el punto de vista gubernamental, aunque el fracaso de la huelga le permita vencer en la batalla del transporte, —y como se ve caemos inmediatamente en el empleo de términos militares—, esto no significa que se haya dado un paso adelante en algo que está por encima de objetivos parciales: la paz social y la integración completa de la población argentina. No puede considerarse un triunfo para nadie una situación en la que un vasto sector de la población, y el sector más débil económicamente, se sienta juguete de fuerzas económicas, políticas o sociales.

Urge, por lo tanto, buscar este verdadero éxito: la seriedad y la estabilidad del movimiento obrero. En esta tarea el gobierno es responsable de la creación de un ambiente en el que los dirigentes obreros y la masa se sientan realmente atendidos y no al servicio de batallas puramente económicas. Y son responsables los dirigentes obreros y la masa obrera, en cuanto no deben prestarse a juegos extragremiales.